

El orden creativo de los profesores

Publicado en *Vanguardia Educativa* (Monterrey, México), nº 21, 2015

María Rosa Espot y Jaime Nubiola

Vivimos en un mundo acelerado, ruidoso, de cambios continuos, en el que *el orden* cobra cada vez mayor importancia. Los profesores conscientes de esta realidad, si de verdad queremos contribuir a la construcción de una sociedad mejor, no podemos olvidar el papel clave que tiene *el orden* en nuestra vida y, en consecuencia, en la de nuestros alumnos que serán los adultos del mañana.

Los defensores del orden afirman con rotundidad y convencimiento que *el desorden hace las cosas mucho más difíciles*: entorpece el ritmo de trabajo, crea ambientes más estresantes, disminuye el rendimiento y favorece la dispersión en contra de la eficaz concentración. De hecho, hay investigaciones que confirman que los niños criados en ambientes más desordenados desarrollaron peor sus capacidades cognitivas (Stephen Petrill, Pennsylvania State University). Es muy conocida la “teoría de las ventanas rotas” de James Wilson y George Kelling, que demostraron que el desorden y la desidia contagian la mala conducta: “Consideren —escriben Wilson y Kelling — un edificio con una ventana rota. Si la ventana no se repara, los vándalos tenderán a romper unas cuantas más”.

Por el contrario, otras investigaciones aseguran que un cierto desorden puede favorecer la creatividad (Eric Abrahamson, Columbia University). Al parecer, las personas desordenadas tienden a adaptarse mejor a las circunstancias y a ser más creativas. Por así decir, las personas aparentemente un tanto caóticas descubren aspectos y relaciones que en unas circunstancias más rígidas y protocolizadas son más difíciles de ver. De hecho, las ideas más innovadoras no surgen espontáneamente, aunque sí aparecen a veces en momentos inesperados o en las condiciones más extremas.

A nuestro parecer, lo mejor es combinar *orden* y *desorden* —que nada tiene que ver con el descontrol— para alcanzar un escenario educativo eficiente, flexible, relajado y creativo. Es decir, hemos de aprender a “desordenar” un poco nuestro orden para favorecer la creatividad de los alumnos, esto es, hemos de aprender a ser nosotros mismos innovadores. Un modo de conseguirlo es no repitiéndose, sino eligiendo lo novedoso, liberándonos de lo habitual para lograr nuevos enfoques y dar paso así —sin miedo— a una cierta improvisación. Por supuesto, para poder *desordenar* el orden hace falta primero ser ordenado. Nuestros alumnos necesitan que seamos muy ordenados y, a la vez, les encanta que de cuando en cuando nos saltemos creativamente ese orden.

Vivir el orden

Existe la creencia general de que el orden, tanto en los hogares como en los lugares de trabajo —y el aula no es una excepción— nos hace más *productivos*. En este sentido casi todos aspiramos a ser más ordenados. Los profesores también. Que el profesor tenga que salir del aula en busca de un libro, unas fotocopias o unos apuntes que se ha olvidado, traspapelar un examen en un caos de papeles, confundirse de aula de

manera reiterada u olvidarse de una entrevista concertada, son manifestaciones del desorden del profesor.

Ser un profesor ordenado no solo significa tener cada cosa en su lugar de acuerdo con el uso que se le da o tener los papeles perfectamente clasificados y ordenados. Vivir el orden significa, además, realizar las tareas de acuerdo a un horario y un calendario establecidos previamente, cumplir los plazos y los compromisos adquiridos y planificarse con la antelación necesaria, que no es más que *decidir* de manera reflexiva y ordenada a qué vamos a prestar atención, cuánto tiempo y cuándo.

Vivir el orden va muchísimo más allá de buscar una estética agradable a los sentidos. Ser un maniático del orden nada tiene que ver con ser inteligentemente ordenado. La obsesión por el orden esclaviza a uno mismo y a quienes tiene a su alrededor. Los maniáticos del orden no sirven para la enseñanza: son personas que acaban sin dejar hacer nada a los demás para que no desordenen lo que está *perfectamente ordenado*. Esta manía origina muchos problemas de convivencia.

Ser ordenado va muy unido a ser organizado. Al incorporar el orden en nuestra vida, más que aspirar a ser *muy productivos*, a lo que realmente debemos aspirar es a ganar en paz interior y sosiego del alma, eficacia serena y tranquilidad y, en consecuencia, adquirir un modo de vivir en el que —en medio del ajetreo de todos los días— quepan de manera organizada tiempos de pausa y silencio para la reflexión, algo que es vital para la persona y que los profesores debemos enseñar a nuestros alumnos.

Entornos aparentemente desordenados

Para muchos el término *desorden* es sinónimo de pérdida de tiempo, ineficacia, bajo rendimiento o incluso desbarajuste. Por el contrario, todo lo que tiene que ver con el orden y la organización está siempre muy bien visto. De hecho, son muchas las empresas que —buscando constantemente la productividad y la innovación— dedican grandes esfuerzos, dinero y tiempo a mejorar continuamente sus organigramas, protocolos y ordenamientos de todo tipo.

Sin embargo, hay un tipo de desorden que goza a veces de buena reputación. Se trata del *desorden* del escritorio, armario, cajón o lo que sea, aparentemente caótico para los demás, pero del todo claro para el protagonista de ese caos: en su mente cada cosa tiene su lugar, incluso la más insignificante. Esto que es aceptable para la vida privada, es del todo inadecuado para el trabajo en equipo en un centro docente.

El mundo en el que vivimos es complejo y las personas somos muy diversas. Esto es una realidad. Una clasificación, un modo de organizarse o de ordenar, que tenga sentido para una persona puede no tenerlo del todo para otra. Lo que aquí defendemos es que la formación de nuestros alumnos requiere el orden de los profesores, pero este orden no puede ser rigidez estática, sino que ha de estar también abierto a la creatividad, a una cierta improvisación.

Para algunos profesores, comprender y asumir ese *desorden organizado* que aquí defendemos podría ayudarles a romper con “la dictadura de lo acostumbrado” y así dar

paso a que actividades que suponen abocadas al desastre puedan convertirse en *auténticos* éxitos docentes, es decir, en algo valioso y con sentido.

Conclusión

En todo caso, el *orden* ha de estar presente en nuestra vida de una manera u otra. Somos muchos los profesores que suspiramos por tener un día de 25 horas o incluso más, en particular en los períodos de exámenes o de cierre del curso académico. La sensación de que hay mucho por hacer y poco tiempo para hacerlo es una constante en nuestro quehacer diario. En este sentido, *el orden* del profesor —que no está reñido con un cierto desorden creativo e innovador— tanto en la distribución del tiempo, como en la realización de sus actividades y en la organización de su lugar de trabajo, es del todo clave para un desarrollo eficaz, sereno y reflexivo de nuestra profesión, que tanta repercusión tiene en los jóvenes de hoy y, por lo tanto, en la sociedad del mañana.

María Rosa Espot (Barcelona) es Licenciada en Ciencias Biológicas por la Universidad Autónoma de Barcelona y Doctora en Humanidades por la Universitat Internacional de Catalunya. Desde 1978 es profesora en el Colegio La Vall de Bellaterra (Barcelona, España). Es autora de los libros *La autoridad del profesor. Qué es la autoridad y cómo se adquiere* (2006) y en colaboración con J. Nubiola, *Aprender a divertirse* (2011). **Contacto:** mrespot.lavall@institutio.org

Jaime Nubiola (Barcelona, 1953) es profesor de Filosofía en la Universidad de Navarra, España. Entre sus libros se cuentan *El taller de la filosofía*, *Pensar en libertad*, *Invitación a pensar* y en colaboración con F. Zalamea, *Peirce y el mundo hispánico*. Es director del *Grupo de Estudios Peirceanos*. **Contacto:** jnubiola@unav.es